

EMPÍREO 3



REBECCA YARROS

 Planeta

Título original: *Onyx Storm*

© 2025, Yarros Ink, Inc.

Derechos de traducción gestionados por Sandra Bruna Agencia Literaria y Alliance Rights Agency, LLC. SL. Todos los derechos reservados.

Arte de interiores: Elizabeth Turner Stokes

Traducido por: María José Díez Pérez y Víctor Ruiz Aldana

Mapa: Melanie Korte

Diseño de portada: Bree Archer

Adaptación de portada: Planeta Arte & Diseño / Lisset Chavarria Jurado Imágenes de portada: © Peratek/shutterstock, Romolo Tavani/GettyImages, VRVIRUS/Shutterstock, Dmitri1ch/ GettyImages

Fotografía de la autora: © Katie Marie Seniors

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masarik núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición en formato epub: enero de 2025

ISBN Obra Completa: 978-607-39-0241-0

ISBN Volumen: 978-607-39-2317-0

Primera edición impresa en México: enero de 2025

ISBN Obra Completa: 978-607-39-0179-6

ISBN Volumen: 978-607-39-2316-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*



UNO

No voy a morir hoy.

Voy a salvarlo.

—ADDENDUM PERSONAL
DE VIOLET SORRENGAIL
AL LIBRO DE BRENNAN

Dos semanas después

Volar en enero debería ser una infracción del Código. Entre la tormenta rugiente y la incesante niebla que me empaña los goggles de vuelo, no veo una mierda mientras atravesamos la violenta borrasca de nieve por encima de las montañas próximas a Basgiath. Confiando en que casi hemos dejado atrás lo peor, me agarro a los dos borrenes de la silla con las enguantadas manos y me sujeto con fuerza.

—*Morir hoy no sería oportuno* —digo a través del canal mental que me une a Tairn y Andarna—. *A menos que estén intentando mantenerme lejos del Senario esta tarde.*

Llevo más de una semana esperando a recibir la orden disfrazada de invitación del consejo del rey, pero el retraso es comprensible, puesto que se encuentran en el cuarto día de unas negociaciones de paz sin precedentes que se están enta-

blando en el campus. Poromiel ha declarado públicamente que se irá después del séptimo día si para entonces no han llegado a un acuerdo, y la cosa no pinta bien. Solo espero que estén de buen humor cuando llegue.

—*¿Quieres asistir a esa comparecencia? Pues esta vez no te caigas* —espeta Tairn.

—*Por última vez, no me caí* —objeto—. *Me tiré para ayudar a Sawyer...*

—*No me lo recuerdes.*

—*No pueden seguir dejándome fuera de las patrullas* —interrumpe Andarna desde el calor y la protección que brinda el valle.

—*Esto no es seguro* —le recuerda Tairn por centésima vez—. *Aparte del mal tiempo que hace, perseguimos a seres oscuros, no volamos por placer.*

—*Es mejor que no participes en esto* —coincido mientras busco alguna señal de Ridoc y Aotrom, pero solo veo paredes blancas. El pecho se me oprime. ¿Cómo se supone que vamos a ver la topografía o a nuestros compañeros de pelotón, por no hablar de a un ser oscuro, a cientos de metros más abajo con este tiempo inclemente? No recuerdo una serie de tormentas tan brutales como las que han azotado el colegio de guerra a lo largo de las dos últimas semanas, pero sin...

«Mi madre». La pena hunde sus afiladas garras en mi pecho, y levanto la cara para sentir el frío cortante de la nieve en los pómulos mientras me concentro en cualquier otra cosa para seguir respirando, para seguir moviéndome. Ya lloraré su muerte más adelante, siempre más adelante.

—*Pero si solo es una patrulla rápida* —se queja Andarna, arrancándome de mis pensamientos—. *Necesito practicar. Quién sabe con qué tiempo nos encontraremos cuando salgamos a buscar a los miembros de mi especie...*

Las patrullas rápidas han resultado ser mortales, y no estoy buscando razones para poner a prueba la teoría del fuego de Andarna. Es posible que los seres oscuros tengan un poder limitado cuando se encuentran dentro de las protecciones, pero siguen siendo guerreros mortíferos. Los que no han escapado después de la batalla han utilizado el elemento sorpresa para sumar multitud de nombres a la lista de muertos. El Ala Uno, el Ala Tres y nuestra propia sección, la Sección Garra, han sufrido pérdidas.

—Pues practica a menudo e intenta dispersar la magia suficiente para mantener las extremidades calientes durante el vuelo, porque tus alas no aguantarán el peso de este hielo —refunfuña Tairn mientras la nieve cae.

—«Tus alas no aguantarán el peso de este hielo». —Andarna se burla de él con descaro—. Y, sin embargo, es un milagro que las tuyas puedan cargar con el peso de tu ego.

—Ve a buscar una oveja y deja que los adultos trabajen. —Los músculos de Tairn se desplazan ligeramente bajo mi cuerpo de un modo que me resulta familiar, y me inclino hacia delante todo lo que me permite la silla, preparándome para bajar en picada.

El estómago se me sube a la garganta cuando sus alas se repliegan de golpe y nos precipitamos hacia abajo, atravesando la tormenta. El viento me jala la capucha de vuelo de invierno, y la correa de cuero que me mantiene en la silla se me clava en los helados muslos mientras rezo a Zihnal para que no haya ninguna cumbre justo debajo de nosotros.

Tairn se nivela y el estómago se me asienta al tiempo que me subo los goggles a la frente y parpadeo deprisa, mirando a la derecha. La bajada de altitud ha reducido la virulencia de la tormenta y ha permitido que la visibilidad mejore lo bastante para ver la escabrosa cresta justo por encima del campo de vuelo.

—*Parece despejado.* —Los ojos me lagrimean, agredidos por el viento y por una nieve que más parecen minúsculos proyectiles de hielo que copos. Me limpio los cristales con la punta de ante de mis guantes antes de ponerme los goggles de nuevo.

—*Coincido. Cuando nos digan lo mismo Feirge y Cruth, daremos por concluida la jornada* —gruñe.

—*Lo dices como si llevar tres días seguidos sin encontronazos con el enemigo fuera algo malo.*

Es posible que los hayamos atrapado y matado a todos. Los cadetes hemos matado a treinta y un venin en el área circundante a Basgiath mientras nuestros profesores se esfuerzan en despejar el resto de la provincia. Pero serían treinta y dos si alguien sospechara que uno de ellos está viviendo entre nosotros, aunque se le atribuyan diecisiete de esas muertes.

—*Este silencio no me reconforta...*

Sobre nuestras cabezas el viento latiguea, y Tairn levanta la cabeza de sopetón. Yo hago lo mismo acto seguido.

«Oh, no».

No es el viento. Son alas.

Las garras de Aotrom invaden mi campo visual y el corazón me da un vuelco del pánico. El dragón está saliendo de la tormenta directamente por encima de nosotros.

—*¡Tairn!* —exclamo, pero él ya está girando a la izquierda para cambiar nuestro rumbo.

El mundo da vueltas, el cielo y la tierra intercambian el sitio dos veces en una danza nauseabunda antes de que Tairn abra las alas con un chasquido estremecedor. El movimiento agrieta los témpanos que cubren las crestas delanteras de sus alas, y algunos trozos de hielo se desprenden.

Tomo una profunda y temblorosa bocanada de aire cuando Tairn bate de arriba abajo las alas haciendo un esfuerzo supre-

mo; ganamos treinta metros de altitud en cuestión de segundos y vamos directo hacia el Café Cola de Espada de Ridoc.

La ira hace que me hierva el aire en los pulmones, y las emociones de Tairn inundan mi cuerpo un instante antes de que pueda levantar de golpe mis escudos mentales para amortiguar lo peor de lo que fluye a través del vínculo que nos une.

—¡No! —grito al viento cuando nos elevamos y aparecemos a la izquierda de Aotrom, pero, para variar, Tairn hace lo que le da la gana y cierra con fuerza la mandíbula a lo que me parecen escasos centímetros de la cabeza de Aotrom—. ¡Está claro que ha sido un accidente! —Lo cual se podría evitar si los dragones se comunicaran entre sí.

El Café Cola de Espada, de menor tamaño, lanza un chillido cuando Tairn repite la advertencia y, acto seguido, le ofrece la garganta en señal de sumisión.

Ridoc me mira a través de la cinta de nieve y levanta las manos, pero dudo que vea que me encojo de hombros a modo de disculpa antes de que Aotrom se aleje para ir hacia el sur, al campo de vuelo.

Supongo que Feirge y Rhi ya habrán llegado.

—¿*De verdad era necesario?* —Bajo los escudos, y los vínculos de Tairn y Andarna me inundan a toda velocidad, pero el luminoso canal que conduce a Xaden sigue bloqueado, reducido a un eco de su habitual presencia. Perder esa conexión constante es una mierda, pero no se fía de sí mismo (o de aquello en lo que cree que se convertirá) para mantenerlo abierto.

—*Sí* —responde Tairn, que cree que con esa única palabra es suficiente.

—*Eres casi el doble de grande que él y está claro que ha sido un accidente* —repito mientras descendemos velozmente hacia el campo de vuelo. La nieve que tapiza el zigzagueante cañón está pisoteada, y ahora en ella se distingue una serie de cami-

nos embarrados abiertos por las constantes patrullas que efectúan los de segundo y tercero.

—*Ha sido imprudente, y un dragón de veintidós años debería saber que no es buena idea desconectarse de la manada solo porque está discutiendo con su jinete* —rezonga Tairn, y su ira disminuye cuando Aotrom aterriza junto a Feirge, la Verde Cola de Daga de Rhi.

Las garras de Tairn golpean el suelo helado a la izquierda de Aotrom, y el brusco aterrizaje hace que me vibren todos los huesos del cuerpo como si alguien hubiera tocado una campana. El dolor me recorre la espalda, los riñones se llevan la peor parte de la ofensa. Respiro para superar lo más intenso, acepto el resto y a otra cosa.

—*Muy elegante, sí, señor.* —Me subo los goggles a la frente.

—*La próxima vez vuelas tú.* —Se sacude como si fuera un perro mojado, y yo me cubro la cara con las manos cuando de sus escamas salen volando hielo y nieve.

Jalo la correa de cuero de mi silla en cuanto para, pero la hebilla se atasca en la costura dentada de mierda que he hecho después de la batalla y una de las puntadas se rompe.

—*Maldita sea. Esto no habría pasado si hubieras dejado que Xaden la arreglara.* —Salgo como puedo de la silla, haciendo caso omiso de la dolorida protesta que lanzan mis articulaciones contraídas por el frío mientras me abro camino entre las púas y las escamas cubiertas de hielo que conozco como la palma de mi mano.

—*No fue el Oscuro el que la cortó* —replica Tairn.

—*Deja de llamarlo así.* —La rodilla me falla, y abro los brazos para no perder el equilibrio mientras maldigo mis articulaciones cuando llego al hombro de Tairn. Después de una hora subida a la silla con esas temperaturas, una rodilla dañada no es nada; tengo suerte de que pueda mover la cadera.

—*Deja de negar la verdad.* —Tairn pronuncia cada palabra

de la condenatoria orden cuando evito un témpano y me dispongo a desmontar—. *Su alma ya no le pertenece.*

—*Eso es un poco dramático.* —No pienso enzarzarme en la misma discusión—. *Sus ojos han vuelto a la normalidad...*

—*Esa clase de poder es adictivo. Lo sabes, de lo contrario no te harías la dormida por la noche.* —Tuerce el cuello de un modo que me recuerda a una serpiente, y me lanza una mirada furibunda con sus ojos dorados.

—*Sí que duermo.* —No es mentira del todo, pero sin duda ha llegado el momento de cambiar de tema—. *¿Me hiciste arreglar la silla para darme una lección?* —Mi trasero protesta en cada escama de la pata de Tairn mientras me deslizo. Aterrizo sobre treinta centímetros de nieve recién caída—. *¿O porque ya no te fías de Xaden y no quieres que toque mi equipamiento?*

—*Sí.* —Tairn levanta la cabeza muy por encima de la mía y lanza un torrente de fuego por su ala para derretir el hielo residual. Yo me aparto de la oleada de calor, que forma un doloroso contraste con la temperatura de mi cuerpo.

—*Tairn...* —Pugno por encontrar las palabras adecuadas y alzo la cara para mirarlo—. *Necesito saber cuál es tu postura antes de que vaya a la comparecencia. Con o sin la aprobación del Empíreo, no podré hacer nada de esto sin ti.*

—*Lo que me preguntas es si apoyaré la miríada de formas en que pretendes bailar con la muerte para curar a alguien a quien no se puede salvar, ¿no?* —Voltea el rostro de nuevo hacia mí.

La tensión crepita por el vínculo de Andarna.

—*Sí que...* —Dejo ese argumento en concreto, ya que el resto es válido—. *Básicamente, sí.*

Un gruñido retumba en su pecho.

—*Estoy volando sin calentar las alas como entrenamiento para llevar una carga más pesada durante distancias más largas. ¿No contesta eso a tu pregunta?*

O sea, a Andarna. Dejo escapar un rápido suspiro de alivio.
—*Gracias.*

De sus fosas nasales salen nubes de vapor.

—*Pero no confundas mi apoyo inquebrantable a ti, a mi compañera y a Andarna con nada que se parezca a fe en él.*

Tairn levanta la cabeza para dar a entender que la conversación ha terminado.

—*Entendido.* —Dicho eso, voy pesadamente hacia el camino pisoteado en el que esperan Rhi y Quinn. Ridoc evita a Tairn mientras hace lo mismo a mi derecha. Mis dedos enguantados y casi insensibles desabrochan con torpeza los tres botones que la capucha de vuelo de invierno tiene en un lateral, y la prenda forrada de piel deja al descubierto mi nariz y mi boca cuando llego hasta mis amigos—. ¿Todo bien en su ruta?

Rhi y Quinn parecen tener frío, pero ninguna herida, gracias a los dioses.

—Una rutina tranquila..., de un modo inquietante. No hemos visto ningún motivo de preocupación. Y el hoyo en el que quemamos a los guivernos sigue lleno de cenizas y huesos. —Rhi toma un puñado de nieve del forro de su capucha y se vuelve a poner la prenda sobre las trenzas negras, que le llegan por los hombros.

—No hemos visto una mierda durante esos últimos diez minutos. Punto. —Ridoc se mete la enguantada mano en el pelo y por las oscuras mejillas le caen copos de nieve que no se derriten.

—Al menos tú manipulas el hielo. —Señalo su cara sin copos de nieve, que resulta de lo más irritante.

Quinn se recoge los rubios rizos en un chongo rápido.

—A ti manipular también puede ayudarte a no tener frío.

—No pienso arriesgarme cuando no veo a lo que podría darle. —Sobre todo tras haber perdido mi único conducto en la batalla. Miro de reojo a Ridoc cuando una fila de dragones de la

Sección Garra, la nuestra, despega para patrullar detrás de él—. Por cierto, ¿de qué discutías con Aotrom?

—Perdona por lo que ha pasado. —Ridoc se estremece y baja la voz—. Quiere irse a casa, a Aretia. Dice que podemos lanzar la búsqueda de la séptima estirpe desde allí.

Rhi asiente y Quinn aprieta los labios en una línea fina.

—Ya, lo entiendo —aseguro; es un sentimiento habitual entre la manada. Aquí no somos lo que se dice bienvenidos. La unidad entre los jinetes navarros y aretianos se vino abajo a las pocas horas de que terminara la batalla—. Pero la única manera de forjar una alianza que pueda salvar a los civiles poromieleneses requiere que estemos aquí. Al menos por ahora.

Por no hablar de que Xaden insiste en que nos quedemos.

—*Si se queda es porque las protecciones de Navarre te protegen de él.* —Tairn lanza otra llamarada cuando no le hago caso, se calienta el ala izquierda y a continuación se agazapa antes de salir disparado hacia el cielo con el resto.

El patio casi está vacío cuando entramos por el túnel que discurre bajo la cresta que lo separa del campo de entrenamiento. Ante nosotros, la nieve corona el ala de los dormitorios, la rotonda central que une las estructuras del cuadrante y casi toda la línea del tejado salvo la más meridional del ala académica, delante a nuestra izquierda, donde el fuego de Malek arde vivamente en el torreón más alto, consumiendo las pertenencias de nuestros muertos, como él exige.

Puede que el dios de la muerte me maldiga por quedarme con los diarios personales de mi madre, pero si llegáramos a encontrarnos yo también tendría cuatro cositas que decirle.

—Informen —ordena Aura Beinhaven desde la tribuna que tenemos a la izquierda, donde está en pie junto a Ewan Faber, el líder de ala, bajo, fornido y con cara avinagrada, uno de los pocos que quedan del Ala Cuatro de Navarre.

—Vaya, qué bien, han vuelto todos. —La voz de Ewan rezuma sarcasmo. Se cruza de brazos mientras la nieve le cae sobre la ancha espalda—. Estábamos muy preocupados.

—El muy imbécil solo era líder de pelotón de la Sección Gerra cuando nos fuimos —masculla Ridoc.

—Nada esta mañana —contesta Rhiannon, y Aura asiente, pero no se digna a decir nada—. ¿Alguna noticia del frente?

Se me forma un nudo en el estómago. La falta de información es angustiosa.

—Nada que esté dispuesta a compartir con un puñado de desertores —escupe Aura.

«Que se vaya a la mierda».

—¡Un puñado de desertores que te salvaron el culo! —exclama Quinn al tiempo que le pinta el dedo cuando pasamos por delante; nuestras botas hacen crujir la gravilla cubierta de nieve—. Jinetes navarros, jinetes aretianos... Así no podemos funcionar —dice al grupo en voz baja—. Si a nosotros no nos aceptan, imagínense a los pilotos.

Hago un gesto de asentimiento. Mira está trabajando en ese problema en concreto, aunque no es que los líderes sepan o permitan utilizar lo que sea que ella ha averiguado, ni siquiera si sirve para salvar las negociaciones. Vaya estúpidos pretenciosos.

—Devera y Kaori están por llegar. Ellos organizarán la estructura de mando en cuanto la realeza firme un tratado que, con un poco de suerte, nos conceda el perdón por habernos marchado. —Rhi ladea la cabeza cuando Imogen sale de la rotonda delante de nosotros; el pelo rosa le roza el pómulo mientras baja la escalera de piedra—. Cardulo, has faltado a la patrulla.

—El teniente Tavis me ha asignado otra cosa —aduce Imogen sin inmutarse al unirse a nosotros. Dirige la mirada hacia mí—. Sorrengail, necesito hablar contigo.

Muevo la cabeza afirmativamente. Ha estado vigilando a Xaden.

—Procura presentarte mañana. —Rhi pasa por delante de Imogen con los otros dos, pero se detiene hacia la mitad de la escalera y gira el rostro mientras los demás van adentro—. Un momento. ¿Se supone que Mira regresa hoy?

—Mañana. —Los nervios me forman un nudo en la garganta que aprieta. Una cosa es forjar un plan y otra muy distinta llevarlo a cabo, sobre todo cuando las consecuencias podrían ser que las personas a las que quiero se conviertan en traidores... otra vez.

—*Todos los caminos posibles* —me recuerda Andarna.

—*Todos los caminos posibles* —repito, como si fuera un mantra, y echo los hombros atrás.

—Bien. —Una sonrisa asoma despacio al rostro de Rhi—. Estaremos en la enfermería cuando termines —promete, y sube el resto de los peldaños hasta la rotonda.

—¿Les has contado a los de segundo lo que está haciendo Mira? —susurra Imogen con un tono cortante, teñido de acusación.

—Solo a los jinetes —contesto también en voz baja—. Si nos descubren, será traición, pero si lo hacen los pilotos...

—Será la guerra. —Imogen termina la frase por mí.

—¡Ridoc, ¿has congelado esta hoja de la puerta?! —grita Rhi desde lo alto de la escalera mientras tira de la manija de la rotonda aplicando todo el peso de su cuerpo antes de entrar por la hoja izquierda—. Ven a arreglarla, ¡ahora!

—Pues sí, contárselo ha sido una gran elección. —Imogen se frota el puente de la nariz mientras Ridoc estalla en una risa histérica desde el interior de la rotonda—. Los cuatro son una maldita molestia. Será un milagro que logremos hacer esto sin que nos ejecuten.

—No tienes por qué involucrarte. —La miro como jamás habría soñado que la miraría hace dieciocho meses—. Lo haré con o sin tu ayuda.

—Conque estamos de mal humor, ¿eh? —Una comisura de la boca se le eleva—. Relájate. Siempre que Mira desarrolle un plan, me apunto, faltaría más.

—Mi hermana no sabe lo que es el fracaso.

—Eso ya lo sé. —La nieve nos da en la cara mientras la mirada de Imogen se endurece—. Pero, por favor, dime que no le has contado a tu temible cuarteto la razón por la que estamos haciendo esto.

—Pues claro que no. —Me meto los guantes en los bolsillos—. Xaden todavía está enojado conmigo por habértelo explicado y haberte «cargado» con ello.

—Pues que deje de hacer estupideces que haya que encubrir. —Se frota las manos para entrar en calor y me sigue escalera arriba—. Mira, necesitaba hablar contigo a solas porque Garrick, Bodhi y yo hemos estado hablando...

—¿Sin mí? —Me pongo rígida.

—De ti —aclara sin el menor rubor.

—Vaya, eso es mejor aún. —Me dispongo a abrir la puerta.

—Hemos decidido que tienes que replantearte el tema de dormir.

Me aferro a la manija y sopeso darle con la puerta en las narices.

—Pues yo he decidido que se pueden ir al carajo. No pienso huir de él. Nunca me ha hecho daño, ni siquiera en los momentos en los que ha perdido el control. Jamás me hará daño.

—Es lo que les he dicho que dirías, pero que no te sorprenda si insisten. Me alegra saber que sigues siendo predecible, aunque Riorson no lo sea.

—¿Qué tal estaba esta mañana? —Siento una bofetada de calor en la cara cuando entramos en la desierta rotonda y me quito la capucha. Sin clases, sin formación y sin nada que se parezca al orden, el ala académica bien podría estar abandonada, pero el área común y el salón de reuniones se encuentran atestados de cadetes sin rumbo, preocupados, inquietos, que confían en sobrevivir a la siguiente patrulla y buscan a alguien en quien descargar sus frustraciones. Todos y cada uno de nosotros mataría por una clase de Informe de Batalla.

—Tan gruñón y testarudo como siempre —me contesta Imogen cuando entramos en el dormitorio. Dejamos de hablar al pasar por delante de un grupo de segundo año del Ala Uno que nos lanza una mirada asesina, incluida Caroline Ashton, lo que significa que los detectores de mentiras la han absuelto. Por suerte para nosotros, en la escalera que baja al Cuadrante de Curanderos no hay nadie—. ¿Te has planteado contarle lo que vamos a hacer?

—Es consciente de que nos enviarán en busca de los miembros de la especie de Andarna. ¿En cuanto al resto? No quiere saberlo. —Saludo con la cabeza a un par de jinetes aretianos que vienen del Ala Tres cuando nos aproximamos a los túneles, pero no hablo hasta que sé que no pueden oírnos—. Le preocupa que filtre algo sin querer, lo cual es ridículo, pero estoy respetando sus deseos.

—Me muero de ganas de que se entere de que eres la líder de tu propia rebelión. —Me sonríe mientras enfilamos el puente cubierto para ir al Cuadrante de Curanderos.

—No es una rebelión y yo no soy su... líder.

Xaden, Dain, Rhi: ellos sí son líderes. Son una fuente de inspiración y todo cuanto hacen es por el bien de la unidad. Yo solo haré lo que haga falta para salvar a Xaden.

—¿Tampoco en la misión para dar con los de la especie de

Andarna? —Abre la puerta del Cuadrante de Curanderos y la sigo.

—Eso es distinto, y mi papel no es tanto el de líder como el de elegir a un líder. O eso espero. —Echo un vistazo al abarrotado túnel, veo a los pacientes, que duermen apaciblemente, casi todos los cuales lucen el azul de la infantería, y diviso a un grupo de escribas encapuchados que se mueven entre ellos. Sin duda siguen trabajando para obtener informes precisos de la batalla—. Parece lo mismo, pero no lo es.

—Ya. —La palabra rezuma sarcasmo—. Bueno, pues dicho queda, así que esta conversación ha terminado. Avísame cuando vuelva Mira. —Echa a andar hacia el campus principal—. Saluda a Sawyer de mi parte, y buena suerte esta tarde.

—Gracias —respondo, y me dirijo hacia la enfermería. Un aroma a hierbas medicinales y metal me inunda los pulmones cuando cruzo la puerta de doble hoja. Saludo a Trager, a mi derecha, que forma parte de los pilotos con formación de curandero, que están haciendo todo lo posible para ayudar.

Me devuelve el saludo desde la cabecera de un paciente y acto seguido toma aguja e hilo.

Continúo deprisa hacia la siguiente esquina, quitándome de en medio cuando los curanderos entran y salen de los cubículos cubiertos por cortinas en los que descansan hileras de heridos.

Oigo la risa de Ridoc en el último cubículo al acercarme. Las cortinas azul claro están recogidas, dejando a la vista un montón de chamarras de vuelo de invierno en un rincón y prácticamente a todos los de segundo de nuestro pelotón alrededor de la cama de Sawyer.

—No exageres —pide Rhiannon desde la silla de madera que ocupa cerca de la cabeza de Sawyer mientras sacude un dedo mirando a Ridoc, que se ha acomodado en la cama, justo donde solía estar la parte inferior de la pierna de nuestro compañero

de pelotón—. Yo solo les he dicho que era la mesa de nuestro pelotón y que tenían que...

—Mover sus cobardes traseros hasta la sección del Ala Uno a la que pertenecían. —Ridoc termina la frase por ella con otra risotada.

—No has dicho eso, es broma. —Una comisura de la boca de Sawyer se eleva, pero el gesto dista mucho de ser una sonrisa.

—Sí que lo ha dicho. —Pongo cuidado para no pisarle las piernas a Cat, que las tiene extendidas en el suelo, junto a Maren, cuando entro en el abarrotado espacio mientras me desbrocho la chamarra de vuelo y la lanzo al montón.

—Los jinetes se ofenden con las cosas más raras. —Cat arquea una oscura ceja y hojea el libro de historia de Markham—. Tenemos problemas mucho mayores que las mesas.

—Cierto. —Maren asiente al tiempo que se recoge el pelo castaño oscuro en una trenza francesa.

—¿Y las patrullas? ¿Cómo han ido? —Sawyer se sienta más recto sin ayuda de nadie.

—Tranquilas —contesta Ridoc—. Empiezo a pensar que los hemos matado a todos.

—O que han conseguido huir —reflexiona Sawyer, y la luz de sus ojos se apaga—. Dentro de poco estarán persiguiéndolos.

—No hasta que nos graduemos. —Rhi cruza las piernas—. No enviarán cadetes más allá de las fronteras.

—Salvo a Violet, claro, que irá en busca de la séptima stirpe para que podamos ganar esta guerra. —Ridoc me mira esbozando una sonrisa satisfecha—. No se preocupen, yo la mantendré a salvo.

No sé muy bien si lo dice de broma o en serio.

Cat resopla y pasa otra página.

—Sí, claro, como si fueran a dejarte ir. Seguro que solo van oficiales.

—Ni de broma. —Ridoc niega con la cabeza—. Su dragón, sus reglas. ¿No, Vi?

Todas las cabezas se voltean para mirarme.

—Suponiendo que nos asignen esa misión, les daré una lista de personas en las que confío para que me acompañen.

Una lista que ha pasado por tantos borradores que ya ni siquiera estoy segura de llevar encima la correcta.

—Deberías ir con el pelotón —sugiere Sawyer—. Trabajamos mejor en equipo. —Se ríe—. A quién quiero engañar. Trabajarán mejor en equipo. Yo apenas soy capaz de subir una escalera. —Señala con la cabeza las muletas que hay junto a su cama.

—Sigues siendo parte del equipo. Hidrátate. —Rhi extiende la mano hasta la mesita, por encima de una nota cuya letra parece la de Jesinia, para agarrar una taza de peltre.

—El agua no hará que me crezca la pierna. —Sawyer la acepta, y el asa de metal chisporrotea y se amolda a su mano. Alza la vista y me mira—. Sé que es un comentario de mierda cuando tú has perdido a tu madre...

—El dolor no es una competición —le aseguro—. Siempre hay bastante para todos.

Él deja escapar un suspiro.

—Ha venido a verme el coronel Chandlyr.

Siento un vacío en el estómago.

—¿El comandante de los jinetes jubilados?

Sawyer hace un gesto afirmativo.

—¿Qué? —Ridoc se cruza de brazos—. Los de segundo no se jubilan. ¿Morir?, sí. ¿Jubilarse?, no.

—Y lo entiendo —empieza Sawyer—. Es solo que...

Un grito estridente resuena en la enfermería, en un tono que hace que las rodillas me flaqueen y que se reserva para algo mucho peor que el dolor: el terror. El silencio que sigue me hiela la

sangre, el temor me eriza el vello de la nuca mientras desenvaino dos de mis dagas y me volteo para hacer frente a la amenaza.

—¿Qué ha sido eso? —Ridoc se baja de la cama de Sawyer y los demás se ponen detrás de mí cuando salgo del cubículo y giro sobre mis talones hacia la puerta abierta de la enfermería.

—¡Ha muerto! —exclama un cadete que luce el uniforme azul de la infantería cuando entra tambaleándose, cae al suelo y se apoya en las manos y las rodillas—. ¡Todos han muerto!

La huella gris que tiene en un lado del cuello es inconfundible.

«Venin».

El corazón me da un vuelco. No los hemos encontrado cuando hemos salido de patrulla porque ya estaban dentro.